

la espantosa luminaria:

Hércules á sus trabajos

les debe toda su fama:

El fué quien á los Centauros

les castigó la arrogancia:

despojó al leon Neméo

de la piel que le adornaba:

De sus flechas las Harpías

fueron blanco, y luego aljaba:

robó las manzanas de oro

al dragon su fiera guarda.

Amedrentó al Cancerbero,

y le sacó aprisionadas,

con tres robustas cadenas

las tres voraces gargantas:

A los crueles caballos,

criados con carne humana,

les echó su impío dueño

para que lo devoráran:

Pereció la hidra, abrasado

su veneno: entre sus aguas

se ocultó Acheloo, viendo

vencidas todas sus trazas:

Sobre la arena de Libia

á Anteo postró: aplacada

dexó con su muerte Caco

del Rey Evandro la saña.

Con su espuma el javalf

manchó los hombros, que estaban

aguardando á ser columnas

de esa máquina estrellada:

Fué la postrera experiencia

de su valor, la constancia

con que su cuello inflexible

á Atlante alivió la carga:

Segunda vez mereció

el cielo por esta bazaña,

que antes se le dió por peño,

y despues por justa paga.

Seguid pues, ó valerosos

hombres, las nobles pisadas

de los varones ilustres,

que con su exemplar os llaman.

¿Por qué en ese ocio cobardes

temeis tanto las batallas:

si vencida la vil tierra,

el alto cielo se alcanza?

## LIBRO QUINTO.

### PROSA PRIMERA.

**A**cabó de decir esto, y ya encaminaba el hilo de su oracion á tratar de otras cosas diferentes; mas yo interrumpiéndola entonces; recta, dixé, y muy digna exhortacion de tanta autoridad como la tuya: pero ya toco con las manos, y conozco por la experiencia lo que poco ha dixiste, que la question, acerca de la providencia, venia eslabonada

con otras muchas; porque pregunto ahora, ¿es cierto que hay en la naturaleza esto que llaman casualidad? y si la hay ¿qué cosa es segun tu sentir? Voyme dando prisa, respondió á esto ella, por acabar de satisfacerte la deuda de mi promesa, y abrirte camino por donde vuelvas á tu dulce patria; y estas disputas, aunque provechosas, son distintas de nuestro propósito, y se puede temer que si te fatigas tanto en los rodeos, te falte aliento despues para acabar el camino derecho. = No rezeles eso, porque antes bien me servirá de descanso el entender estas dudas en que tanto me deleyto; fuera de que pues hasta aquí han sido tus decisiones indubitables en todo, no es justo que las restantes sean dudosas en nada. = Quiero darte gusto: aunque hay quien define el acaso, diciendo que es un suceso, ocasionado de un temerario movimiento sin conexiõn alguna de causas, yo afirmo que de ninguna manera hay caso; y digo, que solamente es una voz vana, sin que signifique cosa alguna; porque gobernándolo Dios todo, ¿qué lugar puede dexar vacío su providencia donde halle cavida la temeridad? Pues que nada procede de nada, es sentencia tan verdadera que ninguno de los antiguos la contradixo jamás,

(aunque esta proposicion no la entendian ellos de aquel primer principio, sino del natural sugeto); pero si hubiera alguna cosa, que se originase de ninguna causa, bien se vé que ésta habria procedido de nada; y si esto no es posible, tampoco lo es que el acaso sea como le definimos poco ha. = Pues qué ¿no hay nada que pueda llamarse con propiedad acaso, ó fortuito; ó hay en la verdad algo (aunque lo ignore el vulgo) á que le vengan ajustados estos nombres? = Mi Aristóteles declaró esto en su fisica con suticnta, y verosimil razon. = ¿De qué modo? = Todas las veces que al irse á hacer alguna cosa determinada, sucede por algunas causas otra diversa de la que se intentó, se llama acaso; como si uno por cultivar su heredad, acertase á descubrir una cantidad de oro que estuviese allí oculta que esto se creeria que era fortuito; pero bien mirado, no carece de origen, porque tiene sus especiales causas, de cuyo inopinado concurso se formó el acaso: porque si el agricultor no cavára la tierra, y si no hubiera sepultado allí mismo su tesoro el avariento, no se hubiera encontrado el oro: estas son pues, las causas de lo fortuito, que se compone de la impensada union de

las causas, no de la prevenida intencion del que las obra, porque ni el que escondió el oro, ni el que labró el campo, intentaron que se hallase aquel dinero; sino que, como digo, sucedió que donde le puso aquel, cavase éste; y así acertaron á concurrir dos causas: puede-se pues definir el acaso diciendo, es un inopinado suceso en lo que se hace con diferente intencion, procedido de causas que se juntan en él; pero quien dispone que concurren, y se juntan, es aquel orden fatal de inevitable destino, que originándose de la fuente de la providencia, distribuye cada cosa á su lugar, y á su tiempo.

## METRO I. DEL LIBRO V.

*En los montes de Armenia  
donde el Sármeta fiero,  
volviéndole la espalda,  
clava al contrario el pecho,*

*El Tigris y el Eufrates  
tienen un nacimiento,  
y dividen sus aguas  
despues á poco trecho:*

*Si vuelven á juntarse  
otra vez, confundiendo  
sus ondas fugitivas,  
estrechadas á un seno,*

*Uniránse confusos,  
mezclaránse revueltos,  
todos quantos despojos  
trae cada uno de ellos:*

*Toparánse los bártos,*

*y los troncos groseros,*

*que al furor de las aguas*

*sus raíces perdieron;*

*Y las ondas mezcladas,*

*su curso entretexiendo,*

*harán que entre ellos haya*

*fortuitos encuentros;*

*Pero los que á la vista*

*son casuales sucesos,*

*y andan sobre las ondas*

*vagando sin concierto,*

*Se gobiernan precisos,*

*porque les van sirviendo*

*las quiebras de la tierra*

*de arcaduces secretos,*

*Por donde se encaminan*

*sin que pueda ser menos,*

*sus rápidas corrientes,*

*porque han de ir descendiendo;*

*Así quanto parece*

*que camina sin freno,*

*por alta ley precisa*

*al freno está sujeto.*

## PROSA II. DEL LIBRO. V.

Ya ahora lo advierto, dixe, y conozco que es puntualmente así como tú lo explicas; pero pregunto; ¿puede haber en medio de este inviolable destino de las causas la libertad de nuestro albedrío, ó está tan apretada la cadena del orden fatal que aprisiona y cautiva las acciones humanas? No hay duda que cabe, respondió; porque no pudiera haber naturaleza racional si el albedrío no gozara la inmunidad de ser libre; porque aquello que naturalmente pueda valerse de la razón, es lo que tiene conocimiento para discernir por sí mismo en cada cosa cuál sea aborrecible, y cuál amable; y cada uno solicita lo que juzga que es amable, y abomina lo que le parece aborrecible; de modo que los que alcanzan razón para conocer, tienen también libertad para querer ó no querer; pero esta libertad no es una misma en todos; porque en las superiores divinas substancias, se juntan conocimiento infalible, voluntad pura y eficaz, posibilidad para poner en execucion sus deseos con prontitud; pero las almas humanas necesariamente han de gozar de

libertad mas absoluta quando se conservan en la idea de la mente divina, y de algo mas limitada, quando desprendidas de allí se infunden en los cuerpos, y de mucho mas escasa quando se dedican á cuidados terrestres; pero quando, arrojadas de los vicios, caen de aquella excelencia de la propia razón, quedan ya en la mas abatida y ultima servidumbre; porque al instante que apartan los ojos del esplendor de la suma verdad, y los ponen en lo inferior y tenebroso, se confunden con la nube de la ignorancia, y se turban con dañosos efectos; en cuyo engaño, cebadas y divertidas cooperan á doblar las prisiones, y la esclavitud en que ellas mismas se metieron, y son en cierto modo cautivas de su propia libertad; todo lo qual descubren y registran aquellos perspicaces ojos de la providencia que desde ab eterno lo mira todo, y distribuye á cada uno lo que le está apercibido, según sus obras, por quien todo lo vé, y lo oye todo.

## METRO II. DEL LIBRO V.

*Cantó Homero de Febo el esplendor,  
siendo así que no pueden penetrar  
hasta el centro sus luces, ni sondar  
lo profundo del golpe su calor:  
¡Qué al contrario del orbe el Hacedor!  
porque sin que le pueda deslumbrar  
la tierra con su torpe embarazar,  
la noche con su lóbrego terror,  
Quanto fué, quanto es hoy, quanto ha  
de ser,*

*de una vez sola llega á discurrir,  
y de una vez lo sabe conocer;  
Y pues solo él lo puede distinguir  
todo, y todo lo puede él solo ver,  
que es verdadero sol podrás decir.*

## PROSA III. DEL LIBRO V.

**V**es aquí, dixé yo entonces, que me hallo confuso segunda vez en otra duda mayor: ¿y cuál es? dixó ella, porque ya conjeturo las que te pueden ocurrir. = Parece pues que totalmente implica y repugna que Dios lo antevea todo, y que el albedrío quede con libertad; porque si todo lo mira Dios, y no es posible que

pueda engañarse, forzoso es que suceda todo aquello que la providencia conoció que habia de suceder; de modo que si desde ab eterno tiene vistas ya, no solo las acciones, sino las voluntades y los pensamientos de los hombres, no puede el albedrío gozar de libertad alguna, porque nunca podrá haber otra acción, otra voluntad, ni otro pensamiento que los previstos de la infalible providencia; porque si fuera posible que se mudaran á diferentes intentos de los que vió aquella ciencia anticipada, ya no vendria á ser ciencia, sino una incierta opinion, cosa indigna de imaginarse en Dios; ni me satisface tampoco aquella razon con que piensan algunos que disuelven la dificultad de esta duda, diciendo, que no porque la providencia supo que habia de suceder una cosa es fuerza que haya de suceder; sino antes bien al contrario, porque lo que ha de suceder no se le puede ocultar á la providencia; y de esta manera fuerza será que se infiera esto al revés, porque no es preciso que suceda lo que ve la providencia, sino que es forzoso que la providencia vea lo que ha de suceder; como si tratáramos ahora de averiguar qual se origina de qual, quieró decir, si la providencia es causa de lo

preciso de los sucesos futuros, ó si lo preciso de los sucesos futuros es causa de la providencia, y no fuera nuestra intencion ir á probar que ahora nazca esto de aquello; ahora proceda aquello de esto, siempre habrá de suceder necesariamente todo lo que está previsto, aunque no parezca que impone la providencia necesidad á los sucesos futuros; porque si está sentado un hombre, fuerza es que la opinion que juzga que está sentado sea verdadera; y tambien á la trocada, si la opinion que juzga de uno que está sentado es verdadera, preciso es que aquel esté sentado; luego en entrambos hay necesidad precisa, en aquel hombre de estar sentado, y en la opinion de ser verdadera; más no por esto está uno sentado, porque la opinion que lo juzga así es verdadera, sino que antes bien es verdadera esta opinion porque precedió el estar aquel sentado, de modo que precediendo la verdad de una de las dos partes, en ambas á dos viene á resultar necesidad comun; y esto mismo se puede discurrir acerca de la providencia, y de las cosas futuras, porque aunque sea verdad que están previstas porque han de suceder, y que no han de suceder porque no están previs-

tas, con todo eso es forzoso, ó que prevenga Dios lo que ha de ser, ó que sea lo que previno Dios; y esto solo basta para impedir su libertad al albedrío, fuera de qué, ¿quán indigna cosa es decir que los sucesos de las cosas temporales son causa de la eterna providencia? Porque ¿qué mas tiene juzgar que previene Dios las cosas futuras, porque han de suceder, que creer que las que sucedieron mucho ha son causa de su providencia divina? Demas, que así como quando sé con certidumbre que una cosa es preciso que sea, del mismo modo quando conozco que ha de ser algo, es forzoso que haya de ser, de manera que los sucesos previstos son inevitables; y ultimamente, si alguno piensa alguna cosa al contrario de lo que es, ésta no solo no es ciencia, sino una opinion falible y erronea, muy distante de lo verdadero de la ciencia, de modo que si hay alguna cosa que esté tan en duda si ha de suceder ó no, que no sea cierto y necesario su efecto, ¿cómo se podrá saber de esta que ha de suceder? Porque así como la ciencia misma es pura, y sin mezcla de falsedad; así tambien lo que se concibe en ella no puede dexar de ser así como se concibe; que la causa de ser la ciencia

libre de mentira y engaño, es porque es fuerza que cada cosa sea así como la comprehendió la ciencia; ¿pues cómo sabe Dios estas cosas inciertas y futuras? Porque si juzga que inevitablemente han de suceder (siendo así que es posible que no sucedan) padece engaño, cosa que no solo el sentirla, pero el pronunciarla es blasfemia. Mas si entiende que han de suceder así como son en sí, conociendo que igualmente pueden ser, y dexan de ser; ¿qué profetica ciencia es esta que nada sabe de cierto, y nada comprehende con seguridad? ¿ó en qué se distingue esto de aquel ridículo vácimo de tirsias, quando digo será ó no será? ¿y en qué vendrá á aventajarse la divina providencia á la opinion humana, si del mismo modo que los hombres juzga con incertidumbre las cosas cuyos efectos son inciertos? Y si no puede haber cosa de incertidumbre en aquella fuente segurísima de todas las cosas, fuerza es que sean ciertos los sucesos de las cosas que él firmemente supo que habian de suceder; con que no vendrá á quedarles libertad alguna á las acciones, ni á los pensamientos humanos, pues la mente divina, que lo vé todo, sin engañarse en nada, los apremia, y los reduce á un señalado efecto; y asen-

tada esta opinion luego saltan á los ojos los inconvenientes que de ella resultan, y los absurdos que se siguen; porque ociosamente se previenen premios y castigos á buenos y á malos si no hay accion libre y voluntaria que los merezca; y parece que será la cosa mas iniqua del mundo esta que ahora se tiene por tan justificada, el castigar á los ímprobos, y remunerar á los virtuosos; pues no los encamina á la virtud ni al vicio su voluntad propia, sino que los arrastra el preciso destino de lo que ha de ser, y así no serán otra cosa los vicios y las virtudes que una mezclada y revuelta confusion de los méritos de todos, que es la cosa mas indigna que se puede pensar, pues procediendo el órden de todas las cosas de la divina providencia, y no pudiendo hacerse nada por arbitrio humano, se infiere que todos nuestros vicios se han de atribuir al supremo hacedor de todos los bienes. Ni tampoco hay segun esto que esperar ni pedir nada; porque ¿de qué ha de valer el pedir ni el esperar, si todo quanto puede desearse está puesto en lo inexorable é inflexible del destino? Vendráse pues á extinguir aquel unico comercio que hay de los hombres á Dios de súplicas y esperanzas; porque

con lo que solemos alcanzar el inestimable galardón de la divina gracia es aprecio de una reconocida humildad, que es solamente el estilo con que parece que pueden tratar los hombres con Dios, y unirse á aquella inaccesible luz, aun antes de concedérseles lo que intenta su ruego; y si dando por asentada la precisa necesidad de lo futuro, creemos que no tienen fuerza alguna las plegarias, ¿con qué escala podremos subir á juntarnos y unirnos con aquel Soberano principio? Con que será preciso que todo el género humano descompuesto y desbaratado, como poco ha contaste, quede imposibilitado de ascender á la fuente de su origen.

## METRO III. DEL LIBRO V.

¿Cuál oculta causa,  
con tanta discordia  
desune y disuelve  
la union de las cosas?

¿Qué Dios introduxo  
que tanto se opongan  
dos verdades, que ambas  
en serlo conforman?

Pues siendo cada una  
segura, y que consta  
de por sí, al juntarse

luego desconforman:

¿O es que entre ellas nunca  
desunion se topa,  
y entre sí se ajustan  
siempre unas con otras?

Mas la mente humana  
ciega con las sombras  
de los torpes miembros  
en donde se emboza,

Discernir no puede  
con su vista corta  
los sutiles lazos  
con que se aprisionan:

Mas ¿por qué procura  
descubrir ansiosa,  
de lo verdadero  
las causas mas hondas?

¿Sabe ya por dicha  
qué es lo que curiosa  
saber solicita?

¿pues quién se congoja

Nunca por saber  
las cosas notorias?

¿y qué busca á ciegas  
si es que las ignora?

Porque ¿quién jamás  
desea una cosa,  
sin que sepa si es  
util, ó dañosa?

¿O quien podrá hallar

cosas tan remotas,  
que aun á la noticia  
son dificultosas?

¿O qual ignorante  
habrá que conozca  
aquel sitio donde  
lo que él busca mora?

Y caso que encuentre  
donde se coloca,  
¿cómo ha de poder  
conocer su forma?

O es que quando estuvo  
nuestra mente heroyca  
junto á aquella idea  
alta y misteriosa,

Universalmente  
entendió las cosas,  
y supo distinta  
cada una de todas;

Y ahora metida  
en la embarazosa  
estancia del cuerpo  
que el discurso embota,

No lo olvida todo,  
pues tiene memoria  
por mayor, y pierde  
la individual sola:

Y así el que investiga  
las verdades, toca  
un medio, en el qual

ni sabe, ni ignora;

Y aquellas especies  
confusas le informan,  
de suerte que añade,  
con ansia estudiosa,

A la universal  
memoria que aun goza,  
la parte olvidada  
que de ella se borra;

PROSA IV. DEL LIBRO V.

No es de ahora, dixo ella entonces,  
formar semejantes quejas, y publicar ta-  
les sentimientos de la providencia. Ques-  
tion fué bien yivamente ventilada de  
Marco Tulio en el tratado donde expre-  
só las diferencias y especies de la divi-  
nacion; y materia, en cuya investigacion  
has empleado tú mucho tiempo, y no  
menos solicitud; pero tras todo uesto, de  
ninguno de vosotros ha sido hasta ahora  
bastantemente averiguada; y la causa de  
esta confusion es, que no puede la com-  
prehension del humano discurso remon-  
tarse tanto que llegue á la simplicidad y  
pureza de la providencia divina; porque  
si esta pudiera comprehenderse de algu-  
na manera, quedaran declaradas todas

las dudas, en cuya explicacion me empeñaré despues que haya descubierto ya los motivos de tu confusion; porque pregunto, ¿qué razon hallas para que te parezca poco eficaz la de la solucion de este argumento, quando responde que pues la providencia no impone necesidad á las cosas futuras, no se impide la libertad del albedrío por la providencia? Porque dime, ¿hallas tú acaso otra razon de que inferir la necesidad de lo futuro, sino de que no puede dexar de suceder aquello que está previsto? Pues si este conocimiento anticipado de lo que ha de ser no impone necesidad alguna á lo futuro, como poco ha lo confesabas tú mismo, ¿de dónde coliges que los sucesos voluntarios de las cosas se han de estrechar á lances precisos? Y para declarar lo mas, pongamos caso que no hubiese en Dios esta ciencia de saber las cosas antes que sucedan; preguntó, ¿quedarían atadas á la necesidad, conforme á tu argumento, las que penden del albedrío? De ningun modo. Supongamos ahora que se halla esta ciencia en Dios, pero que no oprime las cosas, ni las obliga á necesidad alguna; en su misma exención quedará á mi parecer, y tan absoluta como antes la libertad del libre albedrío;

pero dirás que si bien está ciencia profética no impone necesidad á los casos futuros, con todo eso, es un evidente indicio, y una señal infalible de que necesariamente han de suceder así; pues segun esto aunque no hubiera este conocimiento anticipado vendrian á ser necesarios los sucesos de lo futuro; porque á lo mas que se extiende la fuerza de qualquier indicio es á señalar lo que ha de ser; pero no á obrar lo que señala; y así para que se conozca que la providencia es signó de esta necesidad de lo por venir, se ha de probar primero que no hay suceso que se exima de la necesidad; porque de otra suerte si ésta no tiene dominio en todo; tampoco aquella podrá ser indicio de cosa que no tiene ser; fuera de que es asentado que para ser verdadera una prueba y, fundarse en razones sólidas, no ha de deducirse de indicios ni argumentos superficiales ó extrínsecos; sino de las causas propias y necesarias. Pero ¿cómo puede ser, dirán, que no suceda aquello que la providencia antevió que habia de suceder? como si nosotros tratásemos de decir que puede no efectuarse lo que la providencia conoció, y no fuese nuestra intencion dar por asentado, que aunque suceda todo como lo comprendió ella, con to-

do eso, no le obligó necesidad alguna á suceder así; como lo podrás entender mejor de este simil. Vemos que se está obrando delante de nuestros ojos alguna cosa, como digamos ahora aquella velocidad y presteza con que en el Romano circo vau dando con sus ágiles carrozas los diestros cocheros breves tornos á la columna que sirve de punto á los círculos que giran, y de centro á la circunferencia que rodean, y otras acciones de este género; pregunto; está obligada alguna de estas á suceder así necesariamente? De ningún modo; porque inutil seria el primor del arte si se gobernase todo compelido de la necesidad. Las cosas pues que al obrarse estan exêntas de esta necesidad y ley precisa; tambien antes que se obrasen habian de suceder sin ley precisa ni necesidad alguna. De manera que han de suceder muchas cosas cuyos sucesos son absolutos y libres de toda violencia; porque no me parece que habrá nadie que diga que las que ahora suceden, antes que sucediesen no habian de suceder: luego estas, aunque previstas, tienen libres los efectos; porque así como el mirar lo presente no impone necesidad á lo que se hace, tampoco el antever lo futuro quita la libertad á lo que se ha de hacer; pero esto mismo dirás

es lo que se duda, si puede haber providencia alguna de cosas que no son precisas, porque parece que implica, y que si se llegan á prevenir, ya vienen á quedar sujetas á la necesidad; y que si falta esta necesidad, no es posible que se puedan prevenir, porque no puede haber cierta ciencia sino de solo lo cierto; y que si mira la providencia como ciertas las cosas que estan expuestas á inciertos lances, no será ciencia infalible, sino opinion dudosa; porque juzgar una cosa al contrario de lo que es, está muy léjos de la perfeccion de ciencia: y la causa de este engaño es que cada uno juzga que las cosas que conoce y vé, las vé y conoce, no segun su propia virtud de él, sino conforme su esencia de ellas, lo qual es totalmente al reves; y para que esto se manifieste con un exemplar breve, se debe advertir que la redondez de un mismo globo la reconoce la vista de una manera, y el tacto de otra: aquella desde léjos exâmina de una vez todo su vulto con los rayos que dilata: éste desde cerca registra poco á poco su cuerpo esférico con las partes que toca; y aun al hombre mismo le comprehenden de diversos modos el sentido el instinto, el discurso y la inteligencia; porque el sentido discierne en la sujeta

materia la forma; el instinto conoce la forma sin la materia; el discurso pasa mas adelante, y comprehende con universal especulacion aquella particular naturaleza que se distribuye en partes, y la inteligencia tiene mas perspicaz vista; porque remontándose mas allá del universal distrito, mira aquella misma forma simple con los ojos de su idea purísima en que se debe reparar que la virtud superior de comprender abraza y contiene dentro de sí á la inferior; pero ésta de ningún modo puede hombrear con aquella; porque ni el sentido estiende su jurisdiccion fuera de la materia, ni el instinto registra las universales especies, ni el discurso comprehende la forma simple; mas la inteligencia, como quien ocupa el mas supremo grado, concibiendo en su idea la forma, distingue todo lo que baxo de ella se incluye, y lo comprehende del propio modo que la forma misma, que de ninguna otra virtud es comprehensible; porque conoce lo universal del discurso, lo formal del instinto, y lo material del sentido, sin valerse de sentidos, de instinto, ni de discurso, sino registrándolo formalmente de una vez todo y para decirlo así, con una ojeada no mas de su mente. Tambien el discurso, quan-

do mira alguna cosa universal, comprehende lo imaginable y lo sensible sin valerse de la imaginacion, ni los sentidos; porque la definicion de lo universal de su concepto es esta: *el hombre es animal racional, de dos pies*, el qual aunque es universal conocimiento, y aunque se considere con racional concepto, y no con la imaginacion ni los sentidos, con todo eso nadie ignora que lo que aquí se define es sensible é imaginable. La imaginacion tambien, si bien debió su origen á los sentidos del ver y figurar las formas, con todo eso de ellos separada comprehende qualquiera cosa de las sensibles; sin que las eche menos, con sola su imaginativa. ¿No adviertes pues, cómo para conocerlo todo le sirve mas á cada uno su naturaleza propia que la de las cosas que se conocen? y esto no sin mucha razon; porque siendo qualquiera juicio acto del que juzga, es preciso que cada uno perfeccione su obra, no por la agena, sino por su propia virtud.

METRO IV. DEL LIBRO V.

*De la estoyca secta antiguamente  
habia unos Filósofos confusos,  
que defendian que la humana mente*